

La noche arropaba la ciudad con su oscuro manto estrellado. Los grillos producían sonidos rítmicos y melódicos. El calor empezaba a ser sofocante a mediados de julio, ya no servía de nada dejar la ventana abierta para que entrase la brisa. Me encontraba durmiendo plácidamente en el sofá, aunque si me dieran a elegir, preferiría la comodidad de una cama junto a mi mujer. Las cosas se habían enturbiado entre nosotros últimamente, mostraba rechazo hacia mí, tanto que no soportaba dormir conmigo.

Aquella noche logré conciliar el sueño tras haber pasado un rato considerable pensando cuán bajo había caído. Pero desgraciadamente mi calma no duró mucho, porque unas horas después mi sueño fue interrumpido por el llanto de mi bebé. Me incorporé con el corazón en la garganta por el sobresalto y un escalofrío recorrió mi espina dorsal. La temperatura había parecido descender drásticamente durante mi pequeño descanso.

Me levanté y me dirigí hacia las escaleras para ver lo que ocurría esta vez, porque llevaba unos días sucediendo, siempre a la misma hora. Subí los escalones entre leves temblores. Por más que sucedía, no podía ser posible que ese llanto fuese el de mi bebé, porque yo mismo vi cómo hace poco más de dos semanas enterraban su diminuto ataúd. El sollozo aumentaba a medida que me acercaba a su habitación, donde solo aguardaban una cuna vacía y unos juguetes que esperaban ser usados por un lactante que ya jamás crecería. Debía estar volviéndome loco. Debía seguir durmiendo y estar teniendo una pesadilla.

No podía ser posible que ese fuese el llanto de mi bebé, porque yo mismo me encargué hace poco más de dos semanas de que no estuviese respirando tras haberlo asfixiado con una almohada. Yo solo quería dormir. Ahora parece que nunca más lo haré...